

**El Siervo de Dios**

**Hermano MARCELO VAN C.SS.R.**  
**1928 – 1959**

**Boletín nº 13 Septiembre de 1998 – número especial**

**INDICE**

Boletín nº 13 Septiembre de 1998 – número especial.....	1
PRESENTACIÓN.....	1
TESTIMONIO DE ANA DE BLAY LA FUNDACIÓN DE LA ASOCIACIÓN DE LOS AMIGOS DE VAN .....	2
EXTRACTOS DE CARTAS DE VAN AL PADRE BOUCHER .....	4
Col. 212; el 29 de septiembre.....	4
Col. 214; el 9 de octubre .....	5
TESTIMONIO DE CECILIA, .....	10
ESTUDIANTE.....	10

**PRESENTACIÓN**

Este nuevo número especial se vincula con la segunda edición de “El amor no puede morir”, aparecido en las librerías el 27 de julio pasado. El padre Marie Michel modificó algo la presentación del libro y nuevos testimonios se insertaron de anexo. Estos testimonios se integran en este boletín, permitiendo así a nuestros lectores que descubran las bellezas realizadas bajo la influencia de Van.

El primer testimonio, el de Ana de Blay, presidenta de la Asociación, nos recuerda como nació y se fue desarrollando esa asociación cuyo fin espiritual es la comunión entre las Iglesias y la construcción de la Iglesia Universal. Se manifiesta en lo concreto por la ayuda a los seminaristas vietnamitas y el fomento de la causa de Van.

El testimonio del Hermano Pedro es conmovedor, nos muestra como va penetrando la Palabra de Dios por el corazón de los hombres: no vuelve sin cumplir con su misión. Le preceden trozos de cartas en las que expone Van al padre Boucher sus ilusiones respecto a la fundación de una comunidad contemplativa y apostólica. Estos renglones chocaron el corazón de Pedro, convirtiéndole el corazón en misionero y contemplativo a la vez.

Después, Cecilia, una estudiante, nos cuenta como conociendo a Van y con que modo le hizo descubrir el amor de Dios y vivir en la intimidad del Padre, tan bueno, tan amante.

Ojalá sostengan estos testimonios el ardor de todos en este período de reanudo de curso, hagan más firmes en nuestros corazones el amor de Jesús y la voluntad de obrar para la llegada de su Reino.

Padre Oliver de Roulhac.

---

**TESTIMONIO DE ANA DE BLAY LA  
FUNDACIÓN DE LA ASOCIACIÓN DE  
LOS AMIGOS DE VAN**

A los doce años, quería hacerme misionera en Asia. Sin saber claramente lo que era la consagración religiosa sentía en mí vida a Dios al servicio de los pobres. Intuía ya que no puede haber límites al amor, quería desconocer los obstáculos a la caridad y encontraba mi vocación en la llamada apremiante del Señor a edificar la unidad de los hijos de Dios.

El período turbado de los años 60 – 70 orientaba mi vida de manera muy distinta. Aprendí el japonés, me hice demógrafa, viajé mucho por Asia, trabajé... y tuve 5 hijos a quienes eduqué sencillamente, siguiendo con actividades sobre todo en el ámbito parroquial, pero también tiempos de oración y formación. Descubrí la Adoración Eucarística en el Sagrado Corazón de Montmartre, la Renovación Carismática, los Hogares de Caridad, las peregrinaciones y los Conventos Contemplativos.

Después de veinte años de “Nazaret”, mientras participaba activamente en retiros de fines de semana del “Buen Ladrón”, organizados por el padre Aubry con toda clase de testimonios carcelarios, estuve sorprendida al oír el testimonio de un seminarista de 55 años al que su sobrina, quien llevaba 20 años en Francia, había logrado sacar de Vietnam abierto de nuevo, para hacerlo curar. Había sido detenido en cuarto año de teología y como se había negado a casarse para permanecer fiel a su vocación, lo habían mandado a un campo de rehabilitación donde había quedado diez años, tres de los cuales en un calabozo, encadenado a la pared... Fue liberado a continuación de los acuerdos de París, en 1974. Salido ciego de la cárcel, sólo podía mendigar. En este estado fue como lo encontró su sobrina en 1988, y lo hizo venir a Francia después de más de un año de gestiones le operaron los ojos y recobró la vista.

Todo su testimonio giraba entorno a la fe gracias a que había podido mantenerse firme y sostener a sus hermanos prisioneros con él. Vino a chocarme en lo más hondo de mí ser: la situación de la Iglesia en Vietnam venía a despertar en mí esta parte anclada en Asia para siempre jamás, y la desdicha de los seminaristas clandestinos imposibilitados de realizar su vocación me conmovía fuertemente por lo importante que fue siempre para mí la vida consagrada.

Empecé, pues, a compartir la vida misionera de José en los distintos testimonios que daba para todas clases de comunidades y grupos. Sabía conmovir el corazón de aquellos que lo escuchaban y recibía donativos cuantiosos para su diócesis de Vietnam. En aquel momento brotó en mí la idea de crear una asociación para ayudar a los seminaristas que estaban esperando, como José, el permiso del gobierno para ser ordenados por su Obispo y ayudar a todas las diócesis de Vietnam empezando por los más pobres, los que no tenían a nadie fuera para testimoniar en su favor, los que ya no tenían Obispos, los que, por no estar a orillas del mar, no aprovechaban la ayuda de los “boat people” ya llegados a algún país extranjero.

En aquel mismo momento, el padre Marie Michel, carmelita, publicaba en la Editorial le Sarmant – Fayard, la autobiografía de un joven hermano redentorista desconocido, muerto en Vietnam en 1959, a los 31 años. Me había dado José aquel libro que no le alcanzaba el tiempo para leerlo. En cuanto a mí, ni la tapa, ni el título (“el amor no puede morir”) me atraían lo bastante para que empezase a leerlo. Lo guardé pues... esperando alguna oportunidad que me impulsara a abrirlo.

Unos días después, estaba en cama con la columna bloqueada, sin poder moverme ni lo más mínimo. Esto me pasaba un par de veces al año y a pesar de curaciones adecuadas, suelo permanecer así durante varios días. No pudiendo pues hacer nada en absoluto; decidí leer y elegí naturalmente a Van pues era el día de los Inocentes.

Desde las primeras páginas, me quedé tan trastornada por mi lectura que no hacía más que llorar. Todo me conmovía y se unía con mis propios sentimientos, como si el corazón de Van estuviera en el mío y el mío en el suyo.

Ya muy adelantada en mi lectura, sentí en mí una moción interior muy fuerte que me mandaba: “levántate, ya no tienes nada”. Primero desconocí aquella llamada. Sin embargo, muchas veces había visto con el padre Tardif signos de ese tipo: mi hijo menor, en las mismas condiciones, se había sanado de un fuerte astigmatismo, en una gran reunión en Orleans unos meses antes. ¡Me era más difícil creer esta vez pues se trataba de mí!. En realidad, estaba presa de un miedo doble: el de hacerme daño al levantarme si nada había cambiado y el de equivocarme al discernir en la moción interior que había sentido algo procediendo de Dios.

Pero al mismo tiempo, no toleraba la idea de que el Señor me diese tan magno regalo, que no podría ofrecerme si me negaba a recibirlo. Después de una lucha interior que duró un rato, decidí creer que Dios puede hacer esto para mí también, por su ternura. Me levanté, ya no tenía nada... hasta hoy ya nunca he vuelto a tener nada.

Un temor más sutil aún, que sentía en aquella lucha, radicaba en esto: bien comprendía que aquel acontecimiento era algo parecido a una “anunciación” en la que me proponía el Señor que acogiese, no sólo una curación por Van, sino al mismo Van. Me proponía “darle a luz” para el mundo de hoy, sólo en la confianza, sin saber a ciencia cierta hasta donde tendría que ir en el amor y el abandono, pero sin ocultarme que no se acerca uno a Van sin ser consumido a su vez por el fuego del amor que no tiene otra salida sino “el martirio”.

Nació la asociación el 17 de julio de 1991 y como para cualquier recién nacido, fue necesario darle un nombre. Aún seguía maravillada por mi encuentro con Van, aquellos a los que ayudábamos se le parecían tanto que pensé pura y llanamente que todos seríamos “Amigos de Van”, cualquiera que fuese nuestro país de origen o nuestro estado de vida. El mundo entero podría unirse a nosotros.

Muy pronto, nuestra asociación vino a ser internacional, ha ayudado hasta hoy a poco más de 600 seminaristas esparcidos por todas las diócesis. Algunos pudieron ingresar oficialmente en el seminario, otros fueron ordenados. Al cabo de un año recibimos el conocimiento pontificio de “asociación privada de fieles”.

El nombre de la asociación hacía que la gente se fijara en Van. Algunos habían oído decir que habían iniciado su proceso de beatificación pero, incluso en Canadá, eran poco precisos. En Roma me habían aconsejado que llevara la Causa a Francia, pues allí sobre todo Van gozaba de una gran fama de santidad. A petición de Monseñor Valois (Canadá) y del padre Provincial de los redentoristas, busqué (¡no mucho tiempo!) un obispo en Francia y me pareció que Ars sería un buen sitio para acoger a Van, ese niño dado por entero al Señor para realizar su proyecto de hacerse sacerdote... y que tenía numerosas coincidencias con san Juan María Vianney. El 26 de marzo de 1997, miércoles santo, se abrió oficialmente en Ars la encuesta diocesana con objeto del proceso de beatificación de Marcelo Van.

A principios del año 1993, intuí que debía hacerle una novena a Van, sin saber claramente por qué ni en que forma. Escogí una oración a Van para por Vietnam y por la paz, que no tenía nada de extraordinario... a primera vista. En Pentecostés de 1993, difundimos la novena en once idiomas, de los cuales dos pertenecían a pueblos serranos de Vietnam. Durante mis viajes por Vietnam había sido conmovida por las angustias de aquellas poblaciones recientemente evangelizadas, y aún sin clero propio. Los sacerdotes vietnamitas no tenían derecho a encontrarse con ellas... Sólo una radio podía alcanzarlas. Aunque no teníamos ningún medio, ni financiero ni técnico, se hizo concreto el poder de la fe, que lo puede lograr todo... y algunos meses después, con la ayuda de un misionero OMI, diez millones de Hmongs esparcidos por China, el Vietnam del Norte y Laos, recibían una emisión cotidiana de evangelización, desde Manila, en Filipinas.

La brecha que abre el mensaje de Van en los corazones nos trae a diario testimonios de conversión, de curaciones del corazón y del cuerpo, de elecciones de vocación. De tal modo que el libro: “el Amor no puede morir” ya se tradujo a seis idiomas y ha visitado ampliamente los cinco continentes por unos cuarenta países. A veces me pregunto cómo pudo deslizarse cerca de una

carmelita en un campo remoto de la India, entre los religiosos camillenses de Burkina Faso, en el Hogar de Caridad de Taiwán, entre los redentoristas de Aparecida en el Brasil, en Colombia, en un seminario de Honduras, en Nueva Zelanda, en Australia... Si Van es interesante para todos los países, es interesante también para todas las congregaciones religiosas, cualquiera sea su tradición: para los carmelitas por su vínculo con Teresa, para los dominicos por la calidad de su teología, para todas las comunidades nuevas, cualquiera sea su propio carisma.

Día tras día, descubro cuán importante es Van en nuestra época, no solo por la reflexión teológica que provoca en sus conversaciones con Jesús, María y Teresa, sino también por su aplicación a vivir según la pequeña vía, tras su “hermana mayor Teresa”. Por su vocación de redentorista, se une con nuestro Santo Padre cuyo pontificado se orienta hacia el Redentor, mediante cartas y encíclicas que llevan su nombre, por el “año del Redentor” y el “milenario del Redentor”. Van, apóstol de los sacerdotes, apóstol de las familias, y sobre todo de los jóvenes con graves problemas es el centro de la esperanza de Juan Pablo II; y es además, propuesto como confesor de la fe más que como mártir, es un consuelo y un signo profético para Asia, que, sin duda alguna, será el centro del planeta en el tercer milenio. ¡Van sería el primer confesor de la fe para toda Asia!

Van había escrito: «Mi alma es madre...» Ya se puede ver con qué paciencia, delicadeza y adecuación da luz a las personas y a las comunidades. Tuve la gracia de ver hacer y crecer el “Carmelo de la Virgen Misionera” que Van había visto y descrito en una mirada profética. Tuve el gozo de acompañar al padre Marie Michel, quien lo fundó con los dos primeros hermanos, durante una misión de evangelización por Canadá en abril de 1997. Admiré la capacidad de Van de conmover los corazones, de atraerles hacia la luz, de simplificarles, hacerles descubrir la pequeña vía de Teresa.

Van dio a luz a otro Carmelo en Lituania, con sus particularidades, pero con la misma intuición de la contemplación de la que brota la misión. Van parece cada vez más como el “padre” no de una comunidad sino de una constelación de fundaciones que vienen a iluminar el cielo de la Iglesia universal.

A veces me siento asombradísima al ver la grandeza de este nenito, la profundidad de este religioso “insignificante”, la dulzura de este gran perseguido, el abandono del niño que lo recibe todo porque no tiene nada, y no ceso de asombrarme y maravillarme por haber atravesado el camino de aquel pequeño vietnamita que mueve montañas... porque un día Jesús rebotó de júbilo al bendecir a su Padre por ocultar aquellas cosas a los sabios e inteligentes y revelarlas a los pobres y los pequeños.

**EXTRACTOS DE CARTAS  
DE VAN AL PADRE  
BOUCHER**

... (...) Después, Padre, ¿querría conocer lo atento que es Jesús con el pueblo vietnamita? «Habría», según dice, «una comunidad de mujeres que llevará el nombre de “Duc ME THUA JAI”: “La Virgen misionera”. Esta comunidad se callará como un mudo, al mismo tiempo que trabajará en medio del barullo de las voces».

Col. 212; el 29 de septiembre  
de 1950

(...) En cuanto a la segunda comunidad con el nombre de “La virgen misionera”, Jesús no me habló de ella el mismo día de mi retiro del mes de agosto de 1950, sino que antes de hacerlo, hizo brotar en mí la ilusión de esta comunidad. Al principio de todo, al ocurrírseme esta idea, luche contra ella con todas mis fuerzas, pues la consideraba como si fuese una tentación. Pero en los días siguientes, no recuerdo exactamente cual, Jesús me habló francamente del nombre de esa comunidad, pidiéndome que le transmitiera a usted sus palabras. Sin embargo, como por entonces estaba hundido en la noche y dominado por el temor, pensé que era obra del demonio que quería engañarme, de modo que me esforcé por olvidarlo, pero sin tener éxito.

Pero no me sentía con el alma en paz, apremiado por recordarme sin cesar las palabras de Jesús y comunicárselas. Por eso, en mi reciente carta de diciembre de 1950, me atreví a hablarle, pero... seguía con cierto temor...

Concretamente, en lo referente a esa comunidad de “la Virgen misionera”, el Señor me concedió ver la cara, los ademanes y el hábito de una monja.

Sí, vi a una monja, con el hábito rudimentario, marrón, como el de las Carmelitas; el vestido superior era negro con un cinturón de cuero, y colgando del lado izquierdo, un rosario semejante al de los Redentoristas. Llevaba en la cabeza un velo doble: uno blanco, debajo; y uno negro, encima. Además, al caminar, su rostro se camuflaba totalmente tras una tela negra, delgada y calada, pero que levantaba al trabajar. Calzaba sandalias de cuero, sin medias, y llevaba en la mano un bolso de tela del mismo color que el hábito. En el pecho llevaba colgando una cruz también semejante a la de las otras comunidades misioneras.

Sus actividades no eran muy parecidas a las comunidades ya presentes en Vietnam. Dentro de la clausura, dedicaba la mitad de la jornada a rezar y celebrar el oficio divino. En la otra mitad se dedicaba a obras de apostolado fuera del convento. Su programa interior no difería en nada del de una carmelita. Al recibir visitantes, permanecía disimulada bajo de un velo morado, detrás de una reja.

#### Sus actividades en el convento

Usualmente, al llegar ella a un pueblo, a todas las esquinas acudían las chicas jóvenes hacia ella, y le daban la mano. Pero ella se contentaba con darles, como si fueran dulces sacados del bolso, el catecismo. Solía estar tan alegre y era tan buena que los niños disfrutaban quedarse con ella. De camino jamás platicaba o bromeaba con la gente; iba seria, con la cara velada a pesar de todas las burlas que le hacían. En cuanto franqueaba el portal de la casa, se quitaba el velo.

En la casa hospedaba también a muchas jóvenes, pero sólo fuera de la clausura; circulaba sola por dentro, pues nadie podía penetrar. Enseñaba a los niños varias asignaturas, pero su especialidad era la enseñanza de la religión. Ella misma les guisaba la comida y lavaba los platos. Cuando hacía algún trabajo manual, se quitaba el manto negro, pero en cuanto terminaba lo usaba de nuevo para arrodillarse delante del Sagrario, y lo solía llevar todo el tiempo cuando salía a la calle... etc...

No puedo resumir en esta carta todo lo que Jesús me hizo ver. Me dijo: «Dicha monja es como una persona muda en medio del ruido de las conversaciones; oye con sus oídos, pero ni una palabra sale de su boca.

(...) Permita que le escriba nuevamente, cuando me sea posible, todo lo que he visto y oído de parte de Jesús.

Col. 214; el 9 de octubre  
de 1950

**TESTIMONIO DEL HERMANO PEDRO  
LA FUNDACIÓN DEL CARMELO DE LA  
VIRGEN MISIONERA**

Por mi suma pequeñez  
y mi impotencia sin límites  
¡quiero cantar su amor por siempre jamás!

¿Mi encuentro con Van? Por la lectura del libro “El Amor no puede morir”. Él fue quien vino a mí, allí donde estaba (en la Costa Azul, donde tenía una vida de artista, al parecer feliz) y en un momento en que mi afición por lo absoluto, me había llevado hasta lo absolutamente vacío, vacío de sentido, de amor, de esperanza: hasta el vacío del infierno. Después de leer el relato de la dolorosa agonía del pequeño Van, signo de su amor apasionado por Jesús y los hombres, él, que anhelaba tanto morir de tal forma que su muerte fuese un testimonio dado al Amor, a Jesús, descubría que el mal y el sufrimiento no son algo fatal, y que «sólo el Amor no puede morir». No estaba condenado a mi destino. Y me enseñó Van el camino de la esperanza, el camino del don alegre en el dolor, del “sí” ofrecido a la llegada del Amor a mi vida. Fue así como Van paso a ser mi hermano y mi amigo, y como su presencia, discreta y oculta, fue un hilo, una mano invisible que me guió con seguridad por los senderos de la Misericordia.

La lectura de Van fue una revelación sabrosa, alegre, tierna e íntima. ¡Cuán lloré de amor y esperanza al leer esas páginas sobre él! ¡Cuánto me reí a carcajadas también! Y ¿cómo no tener ganas de precipitarme tras él, tras los pasos de este apostolito del amor?... Sobre todo porque cada palabra de su boca, nos dice: «Para ti es este camino que he hecho yo antes... Ves, es una locura y es algo inaudito, pero es posible... Va más allá de lo que habías imaginado... y aquí estoy para caminar contigo en estos mismos pasos de confianza y amor»

Van me enseñaba que Dios existía de verdad como una persona, y que, por el aspecto concreto de un verdadero diálogo, podía estar cerca Suyo, de la verdad, y que este Dios sólo esperaba una cosa: estar junto a mí, para vivir conmigo una relación inmediata de amor infinito. Dios se nombraba Amor con A mayúscula. Para mí era una revolución, una esperanza loca. ¡Me volvía hermanito de Jesús, y mi alma, la esposa de Cristo! Creer que Jesús me quería hasta este punto: reír con Jesús, hablar con Jesús, jugar a las escondidas con Él, ser travieso con Él... pues Él mismo es travieso; hacerlo todo: la limpieza, la comida con ricos platos, trabajar, pasear, amar con Jesús. Creer que tenía el poder de cautivar a Jesús... ¡yo!: «Por una simple mirada dirigida a tu amor, puedo cautivarte y deslumbrarte... El amor me conoce...» (Van).

¡Era una locura, como si explorara la luna! La felicidad existía, era posible ser feliz, la felicidad quería comunicarse conmigo, era la paz misma la que quería darse y morar en mí... era Jesús. Dios en la tierra, Dios en mi vida, mi carne, mi amor. ¡Era Dios quien mendigaba mi amor! ¡El mundo está al revés!

Levantar la espada de la misericordia

Después fue pasando el tiempo, y me olvidé un poco de Van, pero en lo más profundo de mis secretos íntimos, estaba presente, oculto, mi hermanito bien amado.

Dos años después, en agosto de 1992, fui a Lourdes para participar de voluntario en el espectáculo de Daniel FACÉRIAS: “María”. ¡Quería servir a la Virgen María! Y allí, en Lourdes, durante aquel mes y medio vivido en el santuario, se formó una amistad muy bella con otro

voluntario, Francisco, en una gran comunión espiritual. Un día, durante un paseo, empezó a hablar con mucha naturalidad de Van, como si fuera evidente que le conociera. Ahora bien, se lo conocía muy poco en aquel entonces y quedé asombrado por las palabras de Francisco. Me comunicaba, confiado, su intimidad con Van y con Jesús, con una ingenuidad infantil que me dejaba atónito. Todo lo que me decía de sí mismo era como si lo dijera de mí. Había sentido la misma “revolución interior”, y de ella vivía, con un anhelo cada vez mayor. Estábamos unidos en la oración y el amor de María. En algo teníamos el mismo trato con Jesús, sencillo, fraterno y directo, alegre y juguetón. Era el mismo misterio de la gracia depositada en nuestras almas, el mismo misterio de amor de la infancia, el mismo deseo de amar al Amor y hacerlo amar, el mismo ímpetu de confianza en el amor, el mismo deseo de ser un apostolito oculto, y con Van y Teresa salvar las almas.

Francisco, que vivía en la isla Maurice salió de nuevo para la isla. Al día siguiente (el sábado 5) yo iba a rezar ante el Santísimo expuesto. He aquí lo que escribí a Francisco para contarle lo que sucedió entonces: «Al día siguiente de tu salida, paré en la primera rotonda para visitar a Jesús y confiarme a Él. Le rogaba que cuidase de ti... le ofrecía nuestro encuentro... De repente, una voz que “pensaba” en mí, me dijo que fundase una congregación contigo: la Congregación de los “dialogantes con Jesús”, una comunidad que viviera con la espiritualidad de Van, en la intimidad sencilla y fraterna, alegre, de Jesús y María (hacerlo todo con Él, jugar al escondite, reír, hablarle y escucharle), para hacer un Jesús más cercano y que vive entre los hombres, para que se le conociera y amara cada vez más, como él mismo desea que se le conozca y ame, para que se abrieran los ojos de los hombres en esto: está presente en su vida sin que pueda ser visto, sólo es Amor, ternura y misericordia.

Intenté rechazar aquella ilusión que me parecía loca y disparatada, pero me era imposible, pues sentía en mí un gran gozo. Ahora bien, no pensaba que pudiera fundar una congregación al no ser ni sacerdote, ni religioso, ni consagrado... Pues ¿quién era yo para hacer aquello? Además, en aquel momento mi vida espiritual era apocada, me daba bastante vergüenza testimoniar, y me daba asco y mucho temor la Iglesia. Aunque atraído cada vez más interiormente, empezaba a intuir que quizás Dios me llamara a la vida consagrada. Nos veía compartiendo dicha vida, dicho ideal, con otros hombres y mujeres, niños, parejas, hermanos, hermanas, sacerdotes, encarnándolo y enseñándolo.

¡Veía también a mi hermana Clara y su marido Juan Pascual como miembros de dicha comunidad! Una vez que salí de la rotonda, andaba a paso ligero, impulsado realmente por una fuerza que no era mía, alegre. Andaba con alas, como si alguien me llevara. Había trabajo para todos. Teníamos una energía de “samurai” para la obra del Señor. Trajinábamos como en el «campo de la sabana de oro». Como un caballero, levantaba una espada invisible, y no era la de la lucha, sino la de la victoria, y decía: Firmes, ya vamos en camino, ¡y pasaremos! Convertios. Remendaba aquello del camino de la gruta, recuerdo que estaba delante del puente que atraviesa el Gave, debía ser gracioso. ¡Tanto más, puesto que estaba solo!

Aquella espada de la victoria era en realidad la espada de la Misericordia, y ahora comprendo que aquella lucha, era la misión. Levantar la espada de la victoria no era combatir en una lucha con posible derrota, iba más allá, era para anunciar, manifestar la victoria ya adquirida, real, de Cristo en las almas, en el mundo, para invitar a aquellas almas a recibir su herencia y vivir con ella.

Aquellas palabras salían a destiempo, sin embargo estaba claro que no procedían de mi imaginación, y no se me iba de la mente. Quedaba en paz y alegría. Aunque la palabra “Congregación” me daba miedo... Algo había venido a mí para permanecer.

Pero no sólo esto. Un mes después, me topé por casualidad con el libro en que se reúnen las cartas de Van, “L’enfant de l’aurore” (el niño de la Aurora). Lo que sigue es de la página veinte: «Y cuando sueñe con fundar una comunidad contemplativa y apostólica, se llamará “La Virgen Misionera” (Col. 214)». En el acto leí la carta, en la que Van expone a su padre espiritual la ilusión de Jesús sobre aquella comunidad. Esa lectura me chocó, pues al oír la palabra referente a la

fundación de una nueva congregación, no conocía aquel proyecto de “La Virgen Misionera”. ¡Era, pues, posible lo que había oído! Muy pronto me informé: no existía aquella comunidad.

### La Virgen Misionera

Pasó el tiempo, y dos años después me entero por mi hermana Clara de que se estaba creando una comunidad de hermanas, fundada por el padre Marie Michel y la hermana Ingrid: el Carmelo San Elías – Santa Teresita del Niño Jesús, nuevo retoño del Carmelo, contemplativo y misionero, bajo la maternidad de Teresita y en el que se rezaba a Van. De inmediato hice una comparación y me llené de un gozo extraordinario durante varios meses. El primero de octubre siguiente confía a mi padre espiritual la coincidencia entre el Carmelo Elías – Teresita, la Virgen Misionera y el llamado personal recibido en Lourdes. Se decide entonces que me encuentre con Marie Michel (a quién no conocía), cosa que hago en diciembre, en Montpellier, en el convento de Carmelitas, donde paso unos días, entre la fiesta de la Inmaculada Concepción y la de San Juan de la Cruz.

Le confío a Marie Michel: «¿Se está planeando alguna fundación de hermanos? ¿Es posible?». No era del todo imposible, pero al parecer soy el primero que lo manifiesta así. Convenimos que viniera a visitar la nueva Comunidad, lo que sólo puedo hacer para Pascuas de Resurrección siguiente. Paso entonces la Semana Santa en Beaufort, cerca de este pequeño Carmelo Elías – Teresita, pero de allí me marché desconcertado, y en la prueba de la noche espiritual.

Mientras tanto, tres seglares caminan con la comunidad, y después de un discernimiento, se unen a ella. Así empieza una comunión en la que familias y solteros van a vivir con esta espiritualidad contemplativa y misionera en el mismo mundo. Cada dos meses, vienen a beber nuevamente de la fuente en la comunidad... Dos de estos tres seglares fundadores con mi hermana Clara y su marido Juan Pascual, aquellos mismos a quienes había visto en aquella comunidad de los “Dialogantes con Jesús”.

En el diciembre siguiente, para la fiesta de la Inmaculada, vuelvo a Beaufort. No había dado noticias mías desde la Pascua precedentes, ya que me había hundido en las tinieblas y desorientado interiormente, pues ya no sabía nada de mi vocación. Esta vez todo se precisa: Se presentó otro hermano... Se impone lo evidente. Es así como seis meses después, en mayo de 1995, dejo a Mónaco, donde vivía, para ingresar en el pequeño Carmelo de Beaufort, con el fin de preparar la posible fundación de los hermanos de Elías – Teresa, escuchando todo del Espíritu Santo y la Iglesia. Empiezo entonces una carrera de filosofía con el fin de hacerme sacerdote, en la comunidad de San Juan.

¿Era dicha fundación la Comunidad de la Virgen Misionera?... “Sí” y “No”; y no fue clara la respuesta hasta febrero de 1997. Aunque con raíces en la realidad Elías Teresa, debía diferenciarse la Virgen Misionera de ella para llegar a ser una realidad distinta.

Dos acontecimientos esenciales y decisivos señalaron el caminar de los hermanos durante el año 1996-1997: el llamado a una vida semi-eremítica, recibido en “Todos los Santos” de 1996, en una proximidad mayor a la intuición inicial del Carmelo, llamado a una soledad vivida en comunión fraterna tras Elías y cuyo centro era el misterio de María. Y el llamado muy claro a vivir dicha realidad de la Virgen Misionera, recibido en la fiesta de la Presentación de Jesús en el Templo, el 2 de febrero de 1997.

El carisma que descubrimos mediante la Virgen Misionera nos arraiga en aquella tradición carmelitana primitiva, describiendo Van mismo a aquella monja en su programa interior como si no difiriera en nada del de una carmelita (Col. 214). Dicho llamado se inserta en una continuidad profunda con la realidad Elías – Teresa, pero de ella se diferencia con una luz nueva, muy mariana, la de los misterios gozosos, singularmente los de la Anunciación y la Visita del Ángel Gabriel: contemplativos en María y con María, seremos misioneros en María y con María, y se dará una importancia relevante a Van, quien, junto a Elías nuestro padre y Teresita nuestra madre, será nuestro hermanito, nuestro guía y nuestro inspirador. Nos acompañará y nos educará en el camino

de la santidad, tras los pasos de Cristo, y nos importará entrañablemente proseguir su misión, que se acopla directamente con la de Teresa: «En el cielo, te daré como misión ayudar a tu hermana mayor Teresita a inspirar al mundo la confianza en mi amor» (Col. 25-i)

Cabe decir que la comunidad carmelitana de la Virgen Misionera empezó de verdad en las primeras vísperas de Ramos de 1997 con el ingreso de postulante del hermano Esteban. Siendo tres: el padre Marie Michel, el hermano Esteban, y yo, llegábamos a ser comunidad.

La etapa siguiente, cuatro días después, fue importantísima: nuestro “nacimiento en Iglesia”, durante nuestra primera salida comunitaria, con motivo de la apertura (en Ars) del proceso informativo diocesano con el fin de la causa de beatificación de Van. Allí sentimos que formábamos un cuerpo, y que aquel cuerpo ya estaba bajo el signo de la Virgen Misionera.

Tres días después de Pascuas, tomábamos el avión los tres con destino a Québec, invitados con motivo del año teresiano para una misión de evangelización de tres semanas: Salimos también con Van para esa misión, que fue sumamente importante para nuestra naciente comunidad, y nos confirmó con creces en nuestra vía.

¿No será el propósito de nuestra misión trabajar para que se realice el deseo de Jesús de la “ampliación del reino de su amor”?, obra para la que pidió Jesús al mismo Van que trabajase, con su pequeña vía: “Más tarde, verás, tendré un gran ejército de apóstolitos de mi amor, y cuanto les enseñe será amarme como tú mismo me amas...” (Col. 3-f).

Por fin, en el transcurso de ese año 1997-1998, se unieron a los hermanos tres jóvenes hermanas deseosas de vivir también ese llamado, y la Comunidad de los seglares se unió con el nuevo proyecto, el del Carmelo de María, Virgen misionera. Así, nuestra comunidad es como un lirio de varios pétalos cuyo deseo es formar una verdadera familia mariana, carmelitana, teresiana y “vaniana” al servicio de Cristo y Su Iglesia. Desde entonces, camina con la comunidad un grupo de jóvenes a los que habíamos acompañado en las J. M. J. de París, con el fin de profundizar la fe y la vida de oración, formarse y evangelizar: acaba de brotar una “Comunidad-Jóvenes”.

#### “Por mi pequeñez y mi impotencia sin límites”

Tal es nuestra vocación: seguir a Jesús con María, por la tierra del Carmelo, vivir con Teresa y Van su consagración con el Espíritu por su “Acto de entrega al Amor misericordioso”. Ser perdonado por la entrega de todo nuestro ser, con nuestra pobreza radical y con el deseo de la Cruz, para ser Amor — visible y oculto — en el centro de la Iglesia y del universo.

No me atrevería a pronunciar estas palabras tan audaces si no las dijera con nuestra querida mamá del Cielo, la Inmaculada. Pues, a decir verdad, no somos capaces de nada, sino sólo de un frágil deseo, pero sí queremos mantenernos firmes en la esperanza y la “confianza sin límites” en Jesús: ser entregados, ser como ostias unidas con Jesús en el mismo mundo, al ofrecer nuestra pobreza para atraer este fuego del amor misericordioso. ¡Qué misterio más grande...!

Carmelo de la Virgen Misionera  
Nuestra Señora de la Luz  
Route de Luze  
26400 Beaufort-sur-Garanne

## TESTIMONIO DE CECILIA, ESTUDIANTE

¡Van, queridísimo hermanito mío!

Sí, de verdad eres mi hermanito y yo soy tu hermanita... Bendigo a Dios a diario por haber permitido que nos encontrásemos. ¡Oh! Van, querido hermanito mío, ¡qué sería de mi vida hoy si no te hubiese conocido! Constantemente me acompaña tu presencia, me anima, me redime, y convierte mi “tristeza en alegría...”. Te había enseñado Teresa el camino del corazón de Dios, y hoy, me lo enseñas a mí. Oh, Van, ¡que ilusión ser tu hermanita!

He comprendido que es posible el amor

Van, ¿recuerdas de qué manera entraste a mi vida? Yo, desde luego, ¡jamás lo olvidaré! Gracias a un caset oí hablar de ti y descubrí tu rostro: a decir verdad, en un principio no me conmovía en nada, y esa primera señal que me dabas la rechacé porque me daba cuenta de que habías sufrido mucho; y me dio miedo. Nada comprendí, y me apresuré en olvidarte... Sin embargo, mucho necesitaba de un santo “según mi corazón”, que fuese para mí un modelo. Era el período de mi adolescencia, y sufría los cambios típicos de esa edad. Al mismo tiempo, el Cielo me parecía tan lejano... Empezaba a sentir agobio en ese estado, no me bastaba ya la fe recibida de mis padres y mi fe personal tenía mucha dificultad en salir a la luz. ¡Necesitaba un segundo nacimiento! Ese segundo nacimiento, lo recibí en la confirmación, por la obra del Espíritu Santo, pero ¡también por obra tuya, hermanito!

Ah, ¡Van! ¡Qué pícaro eres! Me habías escogido de hermanita, y no te enfriaron mis primeras reacciones respecto a ti. Sí, de verdad conservas en el Cielo tu carácter de “niño rebelde” y fuiste más testarudo que yo. Entonces, llega a mis manos “El Amor no puede morir”... Y ¡esta vez me choca tu vida! Comprendí que el amor es posible, no muere, sigue amando sin ningún límite en el tiempo. Comprendí que la santidad no consiste en tener virtudes, cumplir hazañas — ¡que no! ¡Van! Ser santo es volverse como tú, niño de la misericordia, es decir, reconocerse pobre, pequeñito, pero salvado ¡infinitamente! Es dejarse amar en el mismo centro de su miseria... Oh, hermanito, comprendí al mirarte que el único medio para seguir ese camino es esta confianza atrevida del nene que sabe que se le ama en todo lo que es, siempre... Van, ¿sabes lo que más me conmovió? Tu sencillez con Jesús, tu libertad con Él. Allí encontré el camino de la dilatación de mi fe. Y entonces, a mi vez, no dudé ni un instante: te pedí que fueras mi hermanito. No lo sentí ni una sola vez... Paulatina, discretamente, como tan bien lo sabes hacer, fuiste tomando las riendas de mi vida. He empezado a vivir cada vez más en intimidad con Dios, y poco a poco, sin que me diese cuenta, Él pasó a ser el centro y el sentido de mi vida, el fin de todas mis acciones... Y entonces pude decir que “sí” a su llamado oído hace ya diez años, y cuya profundidad no percibía claramente.

Cambiar la tristeza en alegría

¡Querido guía! ¡Bien sabes lo que necesito! Poco tiempo después de este encuentro oigo hablar de un pequeño Carmelo cerquita de casa. Y sucede que Marie Michel es su fundador. ¡No pude menos que recordarte, hermano! Allí fui, y, en el fondo de la capilla, vi tu foto y tu sonrisa maliciosa... Desde entonces vuelvo muy a menudo. Allí he descubierto la oración contemplativa, y encontré a un padre espiritual, dos cosas que tanto ayudan a que se desarrolle la fe y crezca el amor.

Hermanito, hoy, después de este tiempo de gracias, se fue Jesús a esconderse, y es de noche. Bien sabes tú lo que es, ¿verdad? Ya que debías “forzarte para vivir” (Cor. 63-f), tú, cuya esperanza

en Jesús había llegado a ser “como la desesperación del pecador en el infierno” (Cor. 200-i)... En esta noche, estás junto a mí, y susurras en mi corazón: «sólo existe el dolor para el amor» (Cor 274-j). Hermanita, «Jesús es muy hábil en arreglárselas para invitar bromeando a las almas que ríen íntimamente con Él. No te entristezcas por ello... Mírale de reajo con amor, y añade una sonrisa para mí» (Cor. 174-g) Hermanita, recuerda que «la santidad es una vida en la que hay que convertir la tristeza en alegría» (Cor 229-h), entonces «contesta a la vida con sonrisas» (Cor. 274-f).

Que tu paz siempre consista en vivir muy pequeñita, en arrimarte a Jesús en cada paso, sin preocuparte... (poema “Mi alegría y mi paz” Ecr. 17). «Dirige la mirada hacia el corazón de Dios» (Cor. 304-b) y nada entonces podrá quitarte “el arma del amor”, y «el amor será toda tu felicidad, una felicidad indestructible» (Cor. 344-c).

Van, ¿sabes lo que se me ocurre de repente? Se me ocurre la flor Teresa y el pétalo Van, y me digo que falta una fragancia, una cosa impalpable, oculta, que se deja llevar adonde sopla el viento, que atrae hacia la flor a todos los hombres, y muy agradable al olfato de Dios... Van quisiera ser esta fragancia, fragancia de amor y misericordia... Van, me ayudarás a oler bien, ¿verdad? Cuento contigo.

Hermanito, te amo mucho, y antes de terminar, te mando un beso en el corazón de Jesús. Y tú, me das también un beso, ¿verdad?